

Tercera conversación

Problemas filosóficos contemporáneos (I): La alienación en la sociedad contemporánea

“¡El Dios que está con nosotros es el Dios que nos abandona!”

DIETRICH BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*

No en todo tiempo se tiene el derecho de hablar en público sobre un tema determinado. En este caso puntualmente, este derecho está disponible y soy uno más entre millones de alienados pero al que le es posible hablar de la alienación en el mundo contemporáneo. Esta exposición estará dividida -al menos yo la tendré presente mentalmente- en cuatro partes. La primera estará dedicada al concepto mismo de “alienación”, la segunda a señalar algunas de las características de la sociedad contemporánea en cuyo marco la alienación ocupa un lugar central y paradigmático, en tercer lugar haré mención sólo al pasar, sin poder detenerme en todas ellas, de algunas de las formas fundamentales que la alienación tiene hoy en el mundo contemporáneo y finalmente trataré de lo que algunos han señalado, con preocupación constante, como posibilidades para salir o superar la alienación. Este será el esquema que seguiré lo más fielmente posible.

La palabra “alienación” es una palabra que etimológicamente está relacionada con un término latino, con el verbo *alienare* y con el adjetivo *alienus*, que significa muchas cosas: “ajeno”, “extraño” y fundamentalmente “pertenecer a otro”, estar arrancado de las propias raíces y como una suerte de “apátrida” en medio del mundo. “Apátrida” tiene, además del sentido normal de la palabra, un sentido técnico. La “apatridad” del hombre contemporáneo es muy grande porque vive en el mundo como si fuera solamente el mundo “su” mundo. Por lo tanto, esta palabra nos puede conducir al significado que tiene el término “alienación”. Voy a mencionar algo, a título simplemente ilustrativo, como anticipo de lo que realmente significa la “alienación” como extrañamiento, separación, división, desapropiación de algo o de alguien con respecto a sí mismo sea en un sentido objetivo, sea auto-alienación en un sentido subjetivo: si alguna vez ustedes visitan Madrid, o si lo han hecho, a lo mejor tuvieron la fortuna de llegar a la casa que en su vida tuvo Lope de Vega. Allí, sobre el frontispicio de su casa, colocó una inscripción en latín: “*magna aliena parva, parva propria magna*” (Rennert y Castro 1968: 187). Esta frase tiene un sentido profundo y toca el corazón mismo de la alienación, aunque él nunca pudo hablar de “alienación” ni esta palabra era utilizada en su tiempo para referirse a un fenómeno que es una constante de la vida humana contemporánea. Su traducción es: “Grande pero ajena, pequeña; Pequeña pero propia, grande”. Es una extraordinaria intuición de este gran poeta que ha dado la humanidad. Tomo este ejemplo como para ponernos en clima.

La “alienación” es un término que ha sido utilizado tardíamente con un significado técnico, antropológico e histórico. El primero que utilizó esta palabra fue Hegel, el pensador más importante que ha dado la modernidad y en torno al cual y contra el cual se ha gestado toda la filosofía posterior. Hegel (1992) habló por primera vez, en un sentido técnico y con sentido

particular propio dentro del contexto de su pensamiento, de “alienación” o “enajenación”. Hegel, Feuerbach y Marx son los tres profetas de la alienación en el siglo XIX, la época del capitalismo industrial temprano. Hegel se refería, con este término y primero que nada, a la relación que tiene el sujeto respecto a lo universal, es decir, al “espíritu universal”. Hegel escribió sobre la “alienación” de una forma clarísima, que es la forma que retomó después, el hombre que en el siglo XIX tuvo la concepción más madura de la alienación: Karl Marx. Hegel se refería en la *Fenomenología del espíritu*, la primera gran obra que él escribió, a lo que llamó la dialéctica del amo y del esclavo. El amo y el esclavo están íntimamente relacionados, Hegel diría dialécticamente relacionados. El amo es el dueño, en primer término, del esclavo. El esclavo está alienado en su trabajo, en su persona, en su dignidad y en su misma identidad con respecto al amo. Es un extraño y un extranjero con respecto al amo. Pero el amo, también se vuelve un alienado con respecto al esclavo en la medida en que no puede prescindir de él y en la medida en que se vuelve en esclavo de su esclavo.

Así entonces, todo hombre, en su esencia, lleva en sus entrañas y en lo profundo de su ser, una suerte de estigma de la alienación y es, en cierta manera, amo y esclavo: amo en la medida en que se domina a sí mismo y esclavo en la medida en que se reduce a sus propias raíces y en que, dice Hegel, se deshumaniza. Marx consideró que este problema de Hegel, si bien era cierto, era también demasiado teórico y abstracto y, por lo tanto, tenía que adquirir una concreción que encontró en el espíritu de su época, en el estilo de vida tal como se daba y transcurría en la que llamó la época del capitalismo y que luego se llamará “capitalismo salvaje”. ¿Dónde encuentra Marx la forma suprema de la alienación del hombre? Aunque no es la única, ésta se da en el trabajo. Marx considera el trabajo no como tarea sino, como antes lo había llamado Hegel, la carga insoportable y terrible de la existencia humana. El hombre se aliena en el trabajo de muchas y diversas modalidades. Estoy hablando con el lenguaje y estilo de Marx y del espíritu de su época que no es, en muchos aspectos, la nuestra, aunque no podemos decir hoy que no haya tantos trabajos alienantes como los había en la época de Marx.

La concepción de Marx es paradigmática, un modelo de concepción, que no quiere decir que sea la única y definitiva que se puede tener con respecto a la alienación. En el trabajo, según Marx, el hombre es un alienado frente al producto que produce, frente a los medios de producción del trabajo, frente a la sociedad y frente a sí mismo. En primer lugar, el producto que el hombre realiza, resultado de su trabajo, no revierte sobre él sino que pasa a otras manos, las manos de aquel que posee los medios de producción del trabajo. El hombre, lo único que puede hacer es poner la energía física para el trabajo, pero los medios de producción le pertenecen a otro, al capitalista. El hombre se aliena con respecto a sí mismo, ¿por qué? Decía Marx que el hombre no es feliz con su trabajo porque en el trabajo no encuentra el resultado de lo que él crea para sí mismo, o por lo menos, no le queda ese “plus” que pasa a manos del propietario que posee los medios de producción. Así pues, se produce toda una alienación, despersonalización, desapropiación, desunión, una especie de vaciamiento del hombre con respecto a sí mismo y a su amor por la creación y a la sociedad.

Muy cerca de Marx, un hombre que le anticipó cronológicamente en pocos años, Feuerbach, había hablado que la alienación primera era la religiosa. Para Marx la alienación primera es la económica, la alienación con respecto al trabajo. Feuerbach, también en línea con Hegel y contra Hegel, había dicho que la alienación suprema era la religiosa y esto mismo sostendrá, muchos años después, Freud.¹ ¿En qué consiste la alienación religiosa? Consiste en

¹ Sigmund Freud (1856-1939) aborda el carácter alienante de la actitud religiosa en obras como *Tótem y tabú* (1913), *El porvenir de una ilusión* (1927) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939).

que el hombre se vacía a sí mismo poniendo en una figura, que es producto de su creación imaginaria como son los dioses o, en la tradición judeocristiana, Dios, aquello que no tiene. Esta figura, puramente imaginaria y creada por su imaginación y su deseo, es donde depone aquello que no tiene. El hombre la engorda, con su deseo y su miseria, haciendo crecer aquello que desearía ser y no puede ser. En un libro que tiene un título que parece, para aquel que lee sólo el título, dedicado a un estudio, un análisis o, incluso, una apología del cristianismo y que se llama *La esencia del cristianismo*, Feuerbach dice: “El hombre pobre tiene un Dios rico” (2002: 311). Allí de lo que se trata fundamentalmente es de la alienación religiosa. Él la llama la “alienación teológica”. La puesta en un Dios imaginario de una figura que desearía ser el hombre, lo que el hombre desea ser y no puede ser. Enseñar la tremenda distancia entre el querer y el poder, entre el desear y alcanzar, entre el ser y el deber ser. Esta alienación, que todavía hoy se manifiesta muchísimas veces, es una de las formas fundamentales de la alienación. No en la forma en que la presentó Feuerbach sino como veremos, rápidamente después, en las formas del fanatismo, del abandono del sí mismo, de la confianza en otros y esa especie de convertirse en extranjeros de sí mismos.

Estos son los profetas. Freud no hace sino repetir lo que estos autores ya habían señalado con una claridad meridiana en su tiempo y no sólo para su época. Freud dirá también que la religión es, en el fondo, una suerte exposición que hace el hombre frente a una divinidad irreal. Es decir, el hombre se enajena en una figura totalmente extraña a él, que no tiene nada que ver y que sólo tiene que ver con él en la medida que es su propia creación. El hombre, lo único que tiene es la sed de lo absoluto, el deseo de que exista alguien superior, pero el hecho que desee eso no significa que eso exista. Esto es lo que dice Freud. “Mi sed no justifica la fuente” (Garaudy 1971: 91), dirá un marxista contemporáneo completamente de acuerdo con lo esencial del marxismo y de Feuerbach. Puedo yo desear que exista algo, pero esto no significa que exista por el sólo hecho de desearlo. Este es el mensaje que dejaron para las generaciones posteriores, en torno al tema de la alienación, los profetas del siglo XIX.

Este tema ha sido retomado, en nuestro tiempo, por una cantidad grande de pensadores que rescataron esta intuición profunda, que toca a lo más profundo de la humanidad: el hombre es un ser dividido, entre lo que es y lo que quisiera ser, un ser escindido. Para esto no es necesario que hayan venido Hegel, Marx, Freud y Feuerbach a decirlo ya que los existencialistas lo han dicho mejor que ellos. De todas maneras, el hecho mismo de la alienación ha sido tomado y retomado por pensadores contemporáneos: Althusser, Fromm, Touraine y una serie de pensadores que han querido darle al concepto de “alienación” un estatuto científico. Son varias las corrientes, pero este tema se ha convertido, desde Hegel en adelante, en una suerte de constante dentro del pensamiento histórico-filosófico.

Dicho brevemente, el concepto de “alienación”, como enajenación, separación, división, desunión del hombre consigo mismo o convertido en un objeto por algo que le viene de afuera o de un vaciamiento interior tremendo por propia voluntad o por carencia de conciencia suficiente, nos permite ver algunas de las características de la sociedad contemporánea. La alienación hoy constituye y tiene una suerte de presencia fundamental dentro de la vida contemporánea. Un psiquiatra, uno de los padres de la antipsiquiatría, Laing, ha dicho que cuando nos despertamos la alienación nos está esperando (1971: 13). Lo ha dicho de una forma dura. La alienación constituye la atmósfera, el ámbito donde se mueve con comodidad el hombre contemporáneo. No es el ámbito de la creación, ni el de la conservación y el crecimiento de la propia identidad sino el de la pérdida constante y desalojo de sí mismo, un vivir en un mundo sin hogar, en esta falta y carencia de lo que Bergson llamó “suplemento de alma” (1962: 297). La sociedad contemporánea constituye el ámbito, el contexto donde la alienación ha podido adquirir una fuerza impositiva y extraordinaria en sus múltiples variedades. La alienación, en sentido estricto, no es más que desposesión o enajenación,

pérdida de identidad; pero la forma, en que se manifiesta, es múltiple. Se ha dicho que la “alienación” sufre de una especie de indigestión semántica. Es decir, que la alienación tiene una serie de rostros, de significados y de formas de manifestación que no son aparentemente del mismo tronco pero que en el fondo, son ramas del mismo tronco. La sociedad constituye el ámbito donde ha podido echar raíces profundas la alienación contemporánea. No es algo abstracto sino que es algo tremendamente concreto porque está relacionado con un ambiente que la hizo propicia, que la mantiene, sostiene y que incluso la respalda. La alienación es, lo que llamaron en una época los románticos o pos-románticos, el espíritu de época.

Lo que quiero señalar, particularmente, son algunas formas de alienación. No las desarrollaré todas, simplemente voy a mencionar una serie de formas y figuras posibles y luego me detendré brevemente en algunas en particular que tienen enorme significación con respecto a otras también posibles pero que no tienen la misma significación, amplitud y alcance. A la primera me he referido brevemente, que es la alienación en el trabajo, la “alienación laboral” podríamos llamar hoy, donde las palabras de Marx adquieren una renovada actualidad. Hoy, para muchos, el trabajo no es un ámbito de creación sino una forma sutil y disimulada pero de real esclavitud.² Para muchos hombres de hoy, el trabajo es una necesidad fundamental pero, al mismo tiempo, es el ámbito de su propia deshumanización. Hay una forma plurifacética, dentro de su misma unidad, que es la alienación de lo que se llama la “alienación en el tiempo libre”. Hoy, tiempo libre y ocio se han convertido en dos realidades antitéticas. El ocio necesita del tiempo libre, pero éste sirve hoy para estrangular el ocio. ¿Por qué? El tiempo libre es la disponibilidad de un tiempo, no para la creación en general, sino que es un tiempo no llenado, no cubierto y que no es enriquecido por la presencia del mismo que lo dispone. Es un tiempo que es llenado desde fuera y lo que produce, más que un enriquecimiento, es un vaciamiento total de aquel que es el receptor de lo que se le impone como un tiempo que se organiza desde fuera, de un tiempo que no es el tiempo propio sino que es un tiempo apropiado por otros, guiado por intereses que nada tienen que ver con el ocio. El ocio, lo consideraron ya los latinos, *otium* viene del latín, es el tiempo de la disponibilidad para la creación, para la meditación, para la reflexión, para la oración, para el ser más persona y crecer más, para poder dialogar y enriquecer la vida. Eso es el ocio, lo contrario al *nec-otium*, del negocio.³ Hoy el tiempo es negociado por otros, adormeciéndolo, llenándolo pero al mismo tiempo vaciándolo de lo que podría ser toda creatividad. Hay una figura fundamental de lo que es llamado así el estrangulamiento del

² En una entrevista publicada en 2004 en el diario *La Nación*, el filósofo neomarxista Slavoj Žižek explicaba por qué la actual economía de servicios es más alienante que la vieja economía industrial: “Analicemos el siguiente ejemplo. Trabajar en la línea de montaje de una fábrica, por ejemplo, puede ser desgastante, pero, de alguna manera, la persona que lo hace es libre. En una fábrica a nadie le importa si usted maldice su trabajo, lo importante es que lo haga. Ahora, si usted es niñera, tiene que tener una conexión emocional con lo que hace, no puede ejercer ese trabajo con una fría distancia. De alguna manera, además de su tiempo, tiene que vender sus emociones. Por eso creo que la economía de servicios produce más alienación que la economía industrial”. Cfr. <http://www.lanacion.com.ar/580163-zizek-estados-unidos-deberia-intervenir-mas-y-mejor-en-el-mundo>

³ En un ensayo precursor José Ortega y Gasset señalaba que: “Los antiguos dividían la vida en dos zonas: a una, que llamaban “*otium*”, el ocio, que no es la negación del hacer, sino ocuparse en ser lo humano del hombre, que ellos interpretaban como mando, organización, trato social, ciencias, artes. La otra zona, llena de esfuerzo para satisfacer las necesidades elementales, todo lo que hacía posible aquel “*otium*”, la llamaban “*nec-otium*”, señalando muy bien el carácter negativo que tiene para el hombre.” (1955, Vol. V: 342-343).

tiempo, de la violación del tiempo personal, del tiempo del ocio, del tiempo más propio para la creación. Esta figura es la figura de la televisión.

Jamás en mis presentaciones he sido un extremista y tengo que señalar que esto tiene sus matices pero señalo a la figura fundamental. La televisión puede ser una fuente de enriquecimiento, de crecimiento, de culturalización, de ampliación de los conocimientos y de muchas otras cosas como distracción en un sentido noble de la palabra. Pero la televisión puede cumplir y de hecho, en gran medida, cumple una función negativa, destructiva, de vaciamiento del hombre, arrebatándole lo fundamental, aquello de lo que está hecho la trama de la vida y que es el tiempo. Se lo llena con estupideces, con gansadas, con términos a veces, repugnantes, con figuras de segunda categoría que no tienen nada de artístico, con anécdotas y pasatiempos. La televisión cumple al pie de la letra lo que decía Pascal, ya en su tiempo, con respecto a lo que muchos hombres no pueden hacer jamás. La mayoría de los hombres, decía Pascal (1984), no pueden estar a solas consigo mismo en su cuarto durante una hora (799). El hombre contemporáneo necesita de otra cosa que le diga algo, porque no sabe ya qué decir, ni sobre todo qué decir-se a sí mismo. Por lo tanto, una de las formas de alienación, dentro de la usurpación del tiempo libre, está en la televisión. Si ustedes quieren leer un libro extraordinario sobre esto, tratado con una altura y dignidad pero también con un rigor insuperable, lean el libro de un politólogo italiano que se llama Giovanni Sartori, cuyo libro se intitula *Homo videns* (1998), “El hombre que ve”, el hombre en el cual la imagen ha sustituido totalmente al pensamiento, el hombre que ya no piensa y que está lleno de imágenes. El hombre que ha perdido la capacidad para pensar, la capacidad para la lectura, la capacidad para el diálogo y la capacidad para la creación. Todo esto lo ha perdido en función de imágenes que le vienen de afuera, impuestas o propuestas por medios extraños.

En general, los medios de comunicación, no todos, ni en toda ocasión y momento, cumplen una función realmente ideológica en el peor sentido de la palabra. Mentalizan pero, sobre todo, empobrecen y hacen adquirir mediante esa catapulta de noticias, lo que constituye lo que un sociólogo francés, Edgar Morin y otro también francés, han denominado “el conocimiento inútil” (1993). Proporcionan una cantidad enorme de cosas pero informando cumplen una tarea disolvente, la tarea de la des-formación del ser humano. Creo que este es un tema que merecería una atención infinitamente mayor que la que yo puedo proporcionar y la que soy capaz de proporcionar en este momento. De todas maneras, quiero mencionarlo como una forma de alienación fundamentalísima hoy en día.

Otra forma de alienación es la forma de “alienación en el consumo”. Para muchos el consumo constituye el *desiderátum* de su propia vida. La sociedad consumista no es una sociedad de apropiación, de goce de los productos, sino una sociedad del tener, no una sociedad del ser. En el producto el hombre encuentra una satisfacción y, al mismo tiempo, la negación de una verdadera posesión y apropiación. El producto lleva a la adquisición de un nuevo producto a través del hábito de consumir. La consumición se ha vuelto un mecanismo, una especie de espiral, que no conoce una meta. Es necesario tener por el solo hecho de tener. Todos en este aspecto, de una manera u otra, somos consumidores. Lo somos en distintos órdenes, con respecto a distintos productos pero hay algo en el ambiente de nuestra época que nos lleva a consumir. Sin embargo, el consumismo es ya la exacerbación, la patología del consumo y en esto consiste la alienación, no en tener algo. Lo ha dicho el mismo Papa Pablo VI: “Tener más para ser más” pero no tener sólo por tener sino tener para ser.⁴ Esto también lo

⁴ La carta encíclica del Papa Pablo VI, *Populorum progressio*, del 26 de Marzo del 1967, donde se encuentra esta expresión está disponible en el sitio oficial del Vaticano:

ha dicho Eric Fromm en *¿Tener o ser?* (2013). Es decir, que el consumismo es otra de las formas de alienación del hombre contemporáneo, es un “ismo”, algo extremo, absorbente y que llena el vacío o ciertos vacíos que el hombre no puede llenar más que con objetos. Entonces, este vacío consume no sólo a las personas que consumen sino también a las personas que son convertidas en objetos, en lo que se llama, la reificación del mundo actual. Se lo convierte al otro de persona en cosa, en objeto de goce, utilidad, trampolín para saltar, objeto que sólo vale en la medida en que puede ser usado. Es decir, el consumismo es otra de las formas posibles de alienación que se da en muchísimas personas en la actualidad. Es una de las formas patológicas de la alienación.

Otra forma de alienación es la forma que se da en la publicidad y en la propaganda. La publicidad hoy no se interesa, en la mayoría de los casos, por el valor intrínseco de aquello que publicita sino por lo que eso tiene o eso reporta desde el punto de vista del interés, o de la utilidad o desde el punto de vista puramente pragmático. No le interesa el punto de vista axiológico sino el punto de vista pragmático. La publicidad hoy vende y, al mismo tiempo, mimetiza, traiciona y debilita la sensibilidad de muchos. Hoy es necesario, para poder vender un perfume, presentar una mujer semidesnuda. Es decir, la publicidad no está al servicio de la estética ni de la ética ni de la verdad sino que está al servicio de la utilidad. La propaganda política, sobre todo, está al servicio de todo menos de la verdad, está al servicio de la mentira, del error, del engaño, de la traición, del interés y del poder. El otro no cuenta y, si cuenta, es como si no contara como valor sino simplemente como instrumento de uso. Esto lo vemos en muchas formas y muchas manifestaciones del orden político. Es la “alienación política” o la “alienación en la política”.

Otra forma de alienación es la “alienación religiosa”. Esta se ha dado en otros tiempos aunque no recibiera este nombre. Ha sido la alienación en el rigorismo, en la ascesis exagerada, en el rechazo del cuerpo, en la marginación o la pecaminosidad que se veía en la sexualidad. Muchas de estas son formas de alienación se dan hoy en el fanatismo, en cierto mesianismo equivocado, en un ascesis que lleva a olvidarse de aquello que es el centro de lo sagrado para la tradición judeocristiana, y se da en la puesta imantada sobre una figura secundaria, llámesele un santo, un profeta o un gurú. Hoy se da la alienación en una subversión de lo sagrado, en las sectas, en ciertas concepciones de lo sagrado, en la credulidad religiosa, a veces, en lo que se llama, así demasiado rápidamente y sin conocer sus alcances, la “religiosidad popular”.⁵

Estas formas de la alienación son formas cuya causa, motivación u origen se encuentra afuera. Pero hay también formas de “alienación interior”. Son las formas que se dan en lo que Víctor Frankl ha llamado el “vacío existencial” (2009). El “vacío existencial” es la pérdida de sí mismo, el no encontrar dentro de sí mismo el eco para las preguntas fundamentales de la vida, no encontrar dentro de sí mismo una respuesta a ciertos interrogantes que debemos formularnos, no encontrar dentro de nosotros mismos la fuerza o la energía para hacer frente al dolor, al sufrimiento y a la muerte. El “vacío existencial” es una realidad pavorosa en nuestro tiempo pero es una realidad que no viene desde afuera, sino que tiene sus raíces en nuestro propio interior, en el “hombre interior” como lo llamaba san Agustín. Donde el hombre actual no encuentra más que la nada, san Agustín encontraba lo que llamaba “Dios” en su lenguaje judeocristiano: “Dios más yo mismo que yo mismo” (*Confesiones*, III, 6, 11) es lo que encuentro

http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum.html

⁵ En Argentina, figuras religiosas tales como el Gauchito Gil o San La Muerte, han ganado más fuerza y popularidad a partir de la crisis política, social y económica del año 2001 (Lojo 2007).

en el fondo de mi interior. Para san Agustín, cuando yo descendo por las “galerías interiores” y las atravieso, como decía Machado (2006), yo me encuentro con aquello que es el fundamento de mí mismo, que está en mí mismo sin ser yo mismo. Sin embargo, el hombre contemporáneo, cuando quiere preguntarse por sí mismo no encuentra ya nada porque no ha puesto nada, no encuentra más que la nada que puso, no encuentra más que el vacío que se ha identificado con su propia existencia, su vacío interior. Esta no sólo es una forma de “alienación interior” sino que hay otras también, otras formas subjetivas de empobrecimiento, de deshumanización y de despojamiento que el hombre hace de sí mismo desde sí mismo. Una de esas formas es la pérdida del diálogo, la incapacidad para el diálogo, la pérdida de lo que llamamos “el intervalo”, es decir, reconocer que entre una cosa y otra media algo. El intervalo no tomado en el sentido puramente musical, sino en un sentido existencial, que es el silencio.⁶ El silencio que abre el espacio donde algunas personas puedan hablar y escucharse. Tal espacio es lo que muchos hombres de hoy han perdido y nada más hablan pero jamás escuchan. Además, aquello de que hablan carece de total importancia para el otro y para sí mismo. Es sólo una exposición para sentirse vivo, una exposición de su flaco poder y, por lo tanto, otra forma de alienación en el ámbito interpersonal. Ya el hombre, como diría Buber (1960), no toca al hombre. El hombre ha perdido la “esfera del entre”, del “entre dos”, que es la esfera del diálogo. El diálogo es el ir y venir del “logos activo” y del “logos pasivo”, el “logos” que habla y el “logos” que recibe, pensando, aceptando, calibrando y apoyando. Es decir, nos encontramos ante otra forma de alienación.

Como dijimos al principio, quiero terminar señalando algunas de las posibilidades de superar la alienación. Esta es algo que está presente, una posibilidad real, diría Kierkegaard, pero no un determinante absoluto. No quiere decir que todos tengamos que vivir en todo tiempo, durante todas nuestras vidas, en cualquier circunstancias, alienados. Si bien hay algo dentro de nosotros mismos, en nuestra constitución ontológica misma, en nuestro profundo ser mismo que nos aliena con respecto a nosotros mismos, que es lo que se llama, en una vieja tradición que viene de la Biblia, la tendencia al mal y al pecado. De todas maneras esta alienación, puede ser controlada, limitada y, en cierta manera, reorientada. ¿Qué puede hacer el hombre frente a esta alienación? Lo primero que puede hacer es recuperar algo que es fundamental en la sociedad actual: es la capacidad de estar en soledad, la capacidad de estar solo. No estar aislado sino estar solo. Hay hombres que no resisten la soledad, que no resisten lo que decíamos antes, estar a solas consigo mismos, a solas en un cuarto más de una hora, a veces, ni diez minutos. Por eso la necesidad que tienen muchos, de apenas levantados, para tener compañía, sin verla siquiera ni escucharla, prender la tele. A veces se prende la tele no para verla sino para que se oiga algo que nos aleje de nosotros mismos porque, cuando estamos solos, tarde o temprano nos encontramos con nosotros mismos. Es el momento del reconocimiento, del autoanálisis y del análisis de lo que somos. A eso la mayoría de nosotros le rehuimos en la medida de lo posible. Encontrarse consigo mismo es un acto heroico, algo que exige un esfuerzo grande y sobre todo una autenticidad extrema. La autenticidad, o ser auténtico, es la primera anti-forma de la alienación. Encontrarse a sí mismo, aceptarse a sí mismo tal como somos sin renegar de lo que somos y sin querer ser lo que no podremos ser, ni seremos nunca. Aceptarnos como somos agradecidos, aceptarse a sí mismo, decía ese gran humanista Romano Guardini (1994), es aceptarlo a Dios. Aceptarse a sí mismo, es decir, “yo soy lo que soy porque Tú has querido que sea lo que soy y siendo lo que soy trataré de ser fiel a este ser”. Es lo que Ortega ha señalado, remontándose al gran poeta griego Píndaro, en esa

⁶ Martin Heidegger ha sostenido que “El que en un diálogo guarda silencio puede “dar a entender”, es decir promover la comprensión, con más propiedad que aquel a quien no le faltan las palabras” (2005: 167).

especie de apotegma e imperativo moral y ontológico: “Sé el que eres”.⁷ Ser fiel a aquello que es nuestra vocación esencial. Esto es, por lo tanto, una forma de salir de la alienación, de no buscar y encontrar siempre fuera aquello que pueda llenarnos, sobre todo, espiritualmente. Llenar el estómago es bastante fácil, pero llenar el espíritu no siempre es fácil. Es decir, no buscar, ni ansiar, ni desear demasiado y sobre todo no envidiar. Porque hay formas de envidia que están disimuladas por una palabra sagrada que es la “emulación”. Querer ser más de lo que soy, en muchos aspectos, es un acto de soberbia extrema. Reconocerse como sí mismo es un acto de humildad suprema y el comienzo de la sabiduría en un sentido pleno. Por lo tanto, para salir de la alienación, el hombre tiene algunos recursos. ¿Qué otra cosa puede ser? El diálogo, el abrirse al mundo, la persecución de un ideal, la invención de la vida cada día, sobre todo, en momentos en que la vida corre ya no delante de nosotros sino que parece correr a nuestro lado y a veces detrás. Es el momento en que ya el futuro se acorta de tal manera que parecería que el futuro casi se volviera inexistente. Inventar la vida es otra forma, inventarla en todos los momentos, tener proyectos, inquietudes, no satisfacerse jamás con una adquisición, saber a conciencia y admitir que aquello a que hemos llegado no es nunca un punto de llegada sino, en el fondo, también un punto de partida. Lo diré esto con palabras de san Agustín: “cuando el hombre ha encontrado algo es entonces cuando comienza” (De Trinitate, IX, 1, 1).

Quisiera dejarles, no digo una visión clara, porque sé que no ha sido y que es muy difícil tener una visión clara en esto. Aquí se puede intuir, debajo de lo que voy diciendo, que hay alguna verdad, que hay alguna lucecita desparramada, que a veces brilla rápidamente y se apaga. Quisiera dejarles una especie de mensaje: que vale la pena vivir, que es necesario vivir pero que es necesario tener el heroísmo de vivir que consiste en no aceptar todo sin criticar. Criticar en un sentido positivo, es decir, tamizar. Lo que yo les digo siempre a mis desdichados alumnos es que filosofar, pensar, consiste en rumiar, no consiste en tragar sino que consiste en pasar lentamente, analizar, ver y aprovechar. San Pablo ya decía esto: “Busco todo, me allego a todo pero me quedo con lo mejor” (1Co 10, 23).

30 de Octubre de 2008

⁷ Cfr. Ortega Y Gasset 1957, Vol II: 39; Vol. III: 102; Vol. IV: 73. Para profundizar en la ética de Ortega y Gasset, el lector puede remitirse al trabajo de Aranguren 1959.

BIBLIOGRAFÍA

- ARANGUREN, JOSÉ LUIS (1959). *La ética de Ortega*. Madrid: Taurus.
- BERGSON, HENRI (1962). *Las dos fuentes de la moral y la religión* (Trad. Miguel G. Fernández). Buenos Aires: Sudamericana.
- BUBER, MARTÍN (1960). *Yo y Tú* (Trad. Horacio Crespo). Buenos Aires: Galatea Nueva Visión.
- FEUERBACH, LUDWIG (2002). *La esencia del cristianismo* (Trad. J. L. Iglesias). Madrid: Trotta.
- FRANKL, VIKTOR E. (2009). *Ante el vacío existencial: hacia una humanización de la psicoterapia*. Barcelona: Herder.
- FROMM, ERICH (2013). *¿Tener o ser?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GARAUDY, ROGER (1971). *Del anatema al diálogo*. Barcelona: Ariel.
- GUARDINI, ROMANO (1994). *La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida*. Buenos Aires: Lumen.
- HEGEL, GEORG W. (1992) *Fenomenología del espíritu* (Trad. W. Roces). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- HEIDEGGER, MARTIN (2005). *Ser y tiempo* (Trad. Jorge Eduardo Rivera). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- LAING, RONALD D. (1971). *Experiencia y alienación en la vida contemporánea* (Trad. I. Hülze). Buenos Aires: Paidós.
- LOJO, MARÍA ROSA (2007). *Cuerpos resplandecientes. Santos populares argentinos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MACHADO, ANTONIO (3006). *Soledades, galerías y otros poemas*. Madrid: Cátedra.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1957). *Obras completas, Vol. V*. Madrid: Revista de Occidente. Vol. II, III, IV y V.
- PASCAL, BLAISE (1984). *Pensamientos* (Trad. Juan D. Berrueta). Buenos Aires: Orbis.
- RENNERT, H. A. y CASTRO, A. (1968) *Vida de Lope de Vega*. Salamanca: Anaya.
- REVEL, JEAN-FRANÇOIS (1993). *El conocimiento inútil*. Madrid: Espasa.
- SARTORI, GIOVANNI (1998). *Homo videns. La sociedad teledirigida* (Trad. Ana Díaz Soler). Buenos Aires: Taurus.